

ZONA

LIBRE

Ezequiel Dellutri

Koi



PREMIO NORMA
DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

Derechos reservados Editorial Norma S.A. Prohibida su copia, reproducción y distribución.





Koi

Ezequiel Dellutri



PREMIO NORMA
DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL
2018

The logo for the publisher Norma, featuring a stylized black 'N' followed by the word "Norma" in a black, serif font.

www.normainfantilyjuvenil.com/ar

Dellutri, Ezequiel

Koi / Ezequiel Dellutri ; coordinación general de Laura Linzuain ; dirigido por Laura Leibiker ; editado por Virginia Ruano. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2019.

130 p. ; 21 x 14 cm. - (Zona libre)

ISBN 978-987-545-774-4

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Linzuain, Laura, coord. II. Leibiker, Laura, dir. III. Ruano, Virginia, ed. IV. Título.

CDD A863.9282

© Ezequiel Dellutri, 2018

© Editorial Norma, 2018

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: abril de 2018

Segunda edición: enero de 2019

Impreso en la Argentina — *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker

Coordinación editorial: Laura Linzuain

Edición original: Virginia Ruano

Corrección: Roxana Cortázar

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Arte de tapa: Valeria Bisutti

Diagramación: María Julia Rodríguez

Fotografía: shutterstock.com

Gerente de producción: Gregorio Branca

CC 61087846

ISBN 978-987-545-774-4

*Para Luciano, por haberme enseñado
que hay muchas formas de estar cerca.*

Primera parte

Conozco a mi padre



1. Soy fea.

No necesito que nadie me lo diga: soy fea.

Igual me lo dicen. Todo el tiempo.

Fea.

Fea.

Feísima.

Por eso, ese día en el pasillo, me asombró tanto que antes de despedirnos me dijera eso.

—Sos linda.

Eso me dijo: que era linda.

2. Pero para llegar a ese momento, al momento en el que me dijo que era linda, tengo que contar otras cosas. No sé bien cuáles. Es difícil elegir qué tengo que contar y qué no.

¿Empiezo bien lejos, cuando nací, cuando nació esta beba fea, feúcha?

¿Empiezo cuando cambié de escuela, cuando perdí a mis amigos, cuando me quedé sola, cuando empezaron a burlarse de mí?

¿Empiezo cuando me corté, cuando vi la sangre, mi sangre, correr por el blanco de la pileta del baño?

¿Empiezo por el día que mamá lloró, esa tarde en la que me contó quién era mi padre?

¿Empiezo por el final, por lo que más me importa, por lo que me impulsa a escribir, aunque no sepa cómo se hace, cómo se cuenta una historia, cómo se ponen en un papel las cosas que te duelen, que sangran, pero ya no en la pileta del baño, sino en lo más frío de tu interior?

¿Empiezo contando sobre los peces de colores que nadan en mi pecera, en mi cuarto, los peces que tengo que cuidar porque Julián me lo pidió?

3. Empiezo por mi abuela.

Mi abuela es como yo. Bueno, en realidad no es como yo, ni siquiera como una “yo” más vieja. Mi abuela es como es, y eso hace que sientas que se parece a vos, aunque no te parezcas.

Vive en una casa, una casita, la misma donde se crio mi mamá y donde viví de bebé, aunque no me acuerdo de nada.

Voy a la casa de mi abuela todos los viernes cuando salgo de la clase de Educación Física. Jugamos al vóley. No soy de las mejores, tampoco de las peores. Eso es una suerte, porque lo único que me falta es sufrir también ahí, en Educación Física.

Bastante tengo con sufrir en otros lugares.

Hacemos Educación Física en un predio cercano a la estación Lemos del tren Urquiza.

Cuando salgo, camino unas cuadras por la Ruta 202 y después, doblo por la 8. Voy por la vereda bordeando las vías, con la calle de por medio. Pasan autos, camiones, colectivos.

A veces, el ruido desaparece. Las cosas se detienen y puedo ver el cielo bien celeste con alguna nube perdida, los árboles de Campo de Mayo y del Barrio de Suboficiales, los pájaros volando, pájaros que no cantan pero que vuelan todos juntos, en bandada.

San Miguel es así: un poco campo, un poco ciudad, un poco todo junto. Hay días en los que me gusta; hay días en los que me pone triste.

Aunque sé que hay un mundo más grande que este, el otro no me importa. Yo quiero, me propuse, dominar todas las calles del mío, de San Miguel.

Por eso camino mucho.

Por eso miro mucho.

Por eso respiro hondo cada vez que puedo, para disfrutar del olor de la tierra, del asfalto, de las personas. Porque no hay olores feos o lindos. Cada olor habla de algo, cuenta una historia chiquita.

Como el perfume de mi abuela, que habla del tiempo que pasó.

Como el perfume de mi mamá, que habla de lo sola que está.

Como mi perfume, el olor a manzanas de mi champú barato que, dice mi mamá, me quema el pelo, pero a mí no me importa, porque así soy yo, un poco egoísta: mis cosas son las únicas que me interesan.

4. Sigo caminando. A veces, los conductores que pasan por la ruta me gritan cosas. Cosas feas, que me da vergüenza repetir. Y aunque no sean feas, tampoco me gusta que me griten así, sin conocerme, porque sé que buscan algo más.

No soy tonta. Soy alta para la edad que tengo; “grandota”, dice mi abuela, “como una vikinga”. Hay chicos a los que eso les gusta. Hasta que terminé sexto grado, pensaba que siempre alguien me iba a querer.

Pero cuando cambié de escuela, cuando empecé la secundaria, me di cuenta de que me equivocaba.

Con matemática me pasó lo mismo: en la primaria tenía todo diez, una maravilla. Nunca les tuve miedo a los números. Lo que fuera: fracciones, conjuntos, divisiones... Todo me parecía, no sé si fácil, pero sí sencillo: era cuestión de concentrarse un poco y los ejercicios salían.

Pero después, en la secundaria... la cosa fue complicándose. Terminé con el primer trimestre abajo. Mi mamá fue a hablar con la profesora, más preocupada que enojada. En ese sentido no me puedo quejar. Mi mamá sabe que trato, pero no siempre puedo.

Me mandó a un profesor particular. La escuela ya es aburrida, pero si a eso le sumás un profesor que te tiene todo el tiempo en la mira, se pone difícil. Igual, no estuvo mal, porque una se distrae menos y, además,

está el tema de la plata: como cada minuto vale, no es cuestión de andar perdiendo el tiempo.

—Esto me va a salir como un libro álbum completo —dijo mi mamá. No estaba enojada, era una broma que siempre hacía: como es ilustradora de libros infantiles, calcula sus gastos sobre la base de lo que las editoriales le pagan por cada página.

—La luz de este mes —me decía— me costó tres ilustraciones a doble página.

Y las dos nos reíamos. Las dos nos reíamos siempre, hasta el día en el que decidí cortarme.

Después de ese día a mi mamá le costaba reírse, y cuando lo hacía, la risa era falsa, forzada. Eso volvía su sonrisa triste, gris, oscura.

Cuando se reía así, me preguntaba cómo podía seguir haciendo esos dibujos tan llenos de color, tan alegres, tan vivos. Me daban ganas de llorar.

A veces me aguantaba.

A veces.

5. Decía: la cosa fue complicándose cuando terminé la primaria.

Ahora, ya no juego con muñecas.

Bueno, en realidad, nunca jugué con muñecas. Cada tanto, mi tía Julia me regalaba alguna. A mamá no le gustaban, siempre decía lo mismo:

—Las hacen los hombres para entrenar a las mujeres, para que sean como ellos quieren.

No sé si fue por eso, pero a mí nunca me gustaron. Y no es que mamá me prohibiera jugar.

—Te dejo porque las vas a usar como vos querés, no como ellos quieren.

Nunca supe a quiénes se refería cuando decía “ellos”.

Ya no hay muñecas pero tampoco otros juegos, en una de esas porque tampoco hay amigas. Durante primer año de la secundaria, todavía me veía con algunas de mi antiguo colegio. Nos juntábamos los fines de semana y esas cosas.

Las últimas veces ya no era lo mismo. No sé, yo sentía que ellas, mis amigas, tenían una vida; que les pasaban cosas que me contaban con ganas, como tratando de hacerme parte. La distancia es también como una lupa enorme que deja en evidencia lo que se te escapa a simple vista. Las empezaba a ver distintas, más tontas, más aburridas, más egoístas. Les gustaba tener a alguien que

las escuchara, que les preguntara, que las envidiara. ¿Y a quién no le gusta?

Pero yo, ¿qué iba a contar? ¿Que se burlaban de mí, que se reían a mis espaldas, que estaba sola casi todo el tiempo, que dibujaba y escribía porque no tenía mucho más para hacer?

Porque antes, dibujar y escribir me encantaba. Era feliz dibujando y escribiendo. Pero después, ya no me daba felicidad. No es bueno usar algo que te causa alegría para escaparte de las cosas que no te gustan. Es como convertir lo que amás en una cárcel.

Hermosa, una cárcel sigue siendo una cárcel.

Yo pensaba que con los varones la cosa iba a seguir como en la primaria. Porque en la primaria, aunque era muy ingenua, los chicos me sonreían, hasta un poco de onda me tiraban.

Pero cuando cambié de colegio, no sé... estos chicos son distintos. Aunque tienen mi misma edad, parecen más grandes.

Se ríen. Se ríen mucho, pero con una risa rara. Porque la risa de la burla, eso lo sabe cualquiera, no se parece a la otra. Es una risa gastada, rasposa, que ya es vieja antes de salir de la garganta.

—Las vikingas como vos —me dijo mi mamá, que es menudita y no se me parece— les dan miedo a algunos

hombres. Ellos quieren dominar, ¿sabés? Y vos, con lo linda que sos, tan grandota, les parecés más fuerte. Le tienen terror a todo lo que no pueden gobernar.

Quise preguntarle si era por eso que nunca me había hablado de papá: porque él también había querido dominarla.

Pero no lo hice.

Me arrepiento. En una de esas, si le hubiera preguntado ese día, la cosa se habría solucionado de otra manera. Pero no: yo siempre fui por el lado más difícil, y así me fue: tres cortes parejitos, uno al lado del otro, acá, en la muñeca izquierda.

A veces, la gente ve las cicatrices y sus caras se llenan de preguntas. Que se queden con la duda, que inventen la historia que quieran, que piensen lo que les dé la gana.

6. Ese día, cuando iba caminando para lo de mi abuela, no pensaba en todo esto. Pensaba en las chicas. Porque si los chicos se reían, las chicas, en cambio, me ignoraban. O no: simulaban ignorarme. Yo sé que, por lo menos al principio, me miraban. Querían saber qué hacía, cómo me portaba. Cuando los varones empezaron a burlarse, más me observaban. Pero no hacían nada: no me defendían, porque no me consideraban parte de su grupo, o porque quizá no creían que una mujer tuviera que defender a otra que es atacada solo por eso: por ser mujer.

No sé.

Me hubiese gustado preguntarle a mamá a ver qué pensaba de eso, de la forma en la que a veces nos maltratábamos entre nosotras, las mujeres. Todavía estoy a tiempo, pero ahora no creo que me importe su respuesta.

Con lo de Julián aprendí a quererla más a mamá. A quererla, pero a dejar de pensar como ella. Porque se quiere con el corazón y se piensa con la cabeza. Es una tontería, pero a mí me costó aprenderlo.

Me lo enseñó Julián, mi hermano.

Mi hermanastro.

7. Mi abuela me esperaba con mate. Amargo, claro. Era siempre igual:

—¡Abuela, está amarguísimo!

—Así se toma en el campo, nena.

Ella nunca había vivido en el campo, pero le gustaba creer que sí. A veces contaba cosas del San Miguel de cuando ella era chica. Una vez me contó que le pidió a la mamá que la dejara quedarse despierta para ver pasar al basurero. Cuando apareció la carreta, enorme y llena de basura, con un hombretón encapotado que la conducía, se metió abajo de la cama y no quiso salir hasta que dejó de escuchar el ruido de las ruedas chapoteando en el barro.

Cosas así contaba: de las ferias, de los vendedores ambulantes, de la escuela, de lo difíciles que eran las cosas antes, de lo fáciles que son ahora. Había vivido, sí, en un pueblito. Pero en el campo, nunca. Yo le seguía el juego nomás y le decía:

—Pero no estamos en el campo, así que ponele azúcar al mate.

Se lo sacaba, lo llenaba de azúcar y empezaba a cebar yo. Como las viejas cebaba: con la pava arriba de una maderita para no quemar la mesa, llevándola al fuego cada vez que perdía calor, o directamente al lado del horno en invierno, con la mitad de la pavita arriba de la llama y la otra mitad “tomando fresco”, como decía mi abuela.

A ella le gustaba que le cebara, porque siempre tomaba sola, pero también porque antes era su marido el que cebaba.

A él, a mi abuelo, no lo conocí.

—Murió del disgusto —me dijo un día tía Julia. No me explicó por qué tanta mala sangre, pero yo sabía. La tía Julia me quiere, yo sé que me quiere mucho. Pero cada tanto no puede evitar decir esas cosas. Cosas que duelen y que para ella son ciertas, aunque mamá me diga:

—El abuelo se murió porque nunca se cuidaba.

Y agrega, casi siempre, que yo me parezco a él, así que más vale que me cuide.

Cuando le pongo azúcar al mate, nunca pienso en eso.

Ya voy a tener tiempo para cuidarme, si llego a vieja.

No sé desde cuándo empecé a preguntarme quién era mi papá. Desde siempre, supongo.

Cuando era chiquitita, no sé si me daba cuenta. Si le pregunté a mi mamá alguna vez, no me acuerdo. Si me contestó, tampoco.

—En la familia de mi amiga Mariela son así —le dije un día, mostrándole cuatro dedos.

Creo que iba al jardín, así que tendría cinco años. Mi mamá me iba a buscar siempre, ahí a la vueltita de casa, en la Número 1. La seño nos había pedido que dibujáramos a nuestra familia, y después había colgado

los dibujos en la pared de la sala. En todos aparecían varias personas, pero en el mío solo dos: mamá y yo.

—¿Por qué son tan pocos? —me preguntó Mariela. No tuve que contestarle, porque ella misma me dio la respuesta con otra pregunta—: ¿Tu papá trabaja mucho?

Sí. Mi papá trabajaba tanto que nunca lo había visto. Por eso, a la salida, le conté a mi mamá lo de los dibujos.

—Decile a tu amiga que no se meta donde no le importa —me dijo mientras apretaba una y otra vez el botón para llamar al ascensor del edificio en el que vivíamos.

No me acuerdo bien cómo fue, pero supongo que comimos en silencio, o que mi mamá me dejó mirar los dibujitos porque, por una vez, no tenía más ganas de enterarse de qué había hecho en el jardín.

Después de un rato, me dio un papel y me dijo que podía dibujar de nuevo a mi familia y si quería que fueran más, agregara a la abuela y a la tía Julia.

—Pero ninguno es varón.

Me dijo que dibujara también al tío Ernesto, el esposo de mi tía Julia.

—¡Quedó hermoso! ¿Me lo regalás?

—¿Lo vas a colgar en el corcho?

El corcho era una cartelera que estaba en la habitación que mi mamá usaba como estudio. Ahí pegaba sus bocetos, indicaciones de los editores y, en una esquina, algunos dibujos míos que cambiaba cada tanto.

—No. Este lo quiero para algo mucho más especial.

Nunca supe cómo pasó, pero a la mañana siguiente, cuando fui al jardín, el dibujo de mi mamá y yo ya no estaba. En cambio, vi el nuevo, con una familia más grande que la de Mariela. Una familia que había dibujado yo, que tenía una abuela, una tía y un tío varón.

Una familia en la que todos sonreían.

8. **Así** que ese día, mientras le cebaba mate a mi abuela, le pregunté así, sin pensarlo:

—Abuela, ¿quién es mi papá?

Me sacó el mate de las manos. No fue violenta, solo me lo sacó. Pero nunca lo hacía y, a veces, hacer cosas que nunca hacemos puede ser como pegarle una cachetada al otro.

Igual, mi abuela nunca me daría una cachetada. Supongo que se puso nerviosa. Estuvo chupando la bombilla durante mucho tiempo. Después, me pasó el mate sin mirarme y me dijo:

—Vos hacés cada pregunta, nena.

Me pasó el mate, pero no lo soltó. Miraba para otro lado. Yo no podía sacarle los ojos de encima a mi abuela. Era incómodo, pero en ese momento ni siquiera pensé en cambiar de tema.

—Perdoname... —me dijo. Recién ahí soltó el mate.

¿Que yo hago cada pregunta, abuela?

¿Y ustedes? ¿Qué hacen ustedes?

¿Sabés lo que es vivir quince años atragantada con una pregunta?

¿Que te perdone? ¿Qué querés que te perdone, abuela?

¿Que te perdone porque te hago una pregunta, la más obvia, y vos no me contestás?

¿Es eso, abuela?

¿Querés que te perdone por no contestarme la única pregunta que de verdad quiero que me respondas?

¿Te pensás que a mí me importan todas las otras preguntas que andan dando vueltas por ahí? ¿Que me importan los cuestionarios de la escuela? ¿Te parece que esas son las grandes preguntas de la vida?

¿Quién es mi papá? ¿Quién soy, abuela?

¿Quién soy?

Abrí la boca para decirle una por una todas mis preguntas, que en realidad eran una sola. Pero se me amontonaron en la garganta y no salió ni una.

Mi abuela estaba por llorar. Nunca la había visto llorar, ni quería.

—Perdoname vos, abuela. No importa, ¿sabés? No importa.

Siempre fui cobarde. Mi abuela se sorbió los mocos, me miró a los ojos y fue valiente por las dos:

—Sí que importa, ¿cómo no va a importar, Laurita?

—¿Y entonces? ¿Quién es mi papá?

—Tu papá te abandonó, ¿sabés? Cuando se enteró de que tu mamá estaba embarazada, no quiso tenerte. Pero tu mamá fue valiente, como vos que me preguntás así, sin vueltas. Por eso estás acá, y por eso tu mamá está con vos, y por eso él no está.

Ahí estaba, por primera vez, la historia que yo imaginaba. Porque que mi papá no me quería, eso ya lo sabía.

Mi abuela iba a seguir contando, pero ella misma me había llamado “valiente” y ahora yo sentía que podía ir contra todos. No necesitaba solo saber: quería preguntar. Era mi historia, no una película. Tenía que vivir, buscar las respuestas a todos los agujeros que había en mi vida.

—¿Quién es, abuela? Eso decime: quién es.

—Tu papá murió, Laurita. Murió hace cuatro años.

Quise hablar, quise decirle que no me estaba contes-
tando, que no quería saber si estaba vivo o muerto, que
era mi historia, que quería ser yo la que decidiera cómo
había que contarla.

Pero mi abuela había terminado el cuento y esperaba
que yo me fuese a dormir así, sin colorín colorado, sin
perdices y sin final feliz.

9. —Te pago un remis —me dijo mi abuela esa tarde. Pero yo necesitaba caminar más que nunca—. Voy a decirle a tu mamá lo que hablamos —agregó.

Le contesté que me iba caminando, que necesitaba pensar. Me dio un abrazo, un abrazo que ella esperaba que contestara con otro abrazo que no salió. Me quedé así, con los brazos a los costados, esperando que reaccionaran. No eran mis articulaciones: era el corazón, que nunca les dio la orden.

Cuando llegué a la Plaza de las Carretas, me senté en un banco. Me faltaban unas cuadras para llegar a mi casa. Tenía que caminar hasta la otra plaza, la de San Miguel, y de ahí unos metros hasta el edificio donde vivo.

Por primera vez en quince años sabía algo de mi papá: sabía que estaba muerto.

¿Qué tenía que sentir?

Dolor.

Pero ¿qué sentía?

Nada. Un vacío acá, justo en la panza. Un vacío que era como tener un monstruo que te mordisquea desde adentro, de a poquito. En algún momento, yo sabía, iba a doler. Pero no ahora, así que tenía que sacar ventaja.

Mi papá había sido, hasta esa tarde, una idea. Yo sabía que tenía un papá porque todos tienen un papá. Era lógico, una especulación de chico de primer grado. El problema es

que a las ideas no se las quiere: se las piensa. Pero ahora tenía un dato, el primer dato concreto en quince años.

Mi papá estaba muerto.

No sabía cómo ni por qué.

Mi papá estaba muerto, pero mi papá era una idea.

Y las ideas no se mueren.

Las ideas no duelen. Las personas, sí.

Por eso, yo sabía: ya iba a empezar a doler.

No sé por qué lo supe, pero estaba segura: mi abuela ya había hablado con mamá cuando llegué a casa.

La encontré dibujando. Tenía que entregar unas ilustraciones para ese fin de semana y era jueves; le quedaban dos días. Por su forma de trabajo, solía demorarse:

—Un error en el papel no es lo mismo que un error en la computadora. Aquí no hay botón “deshacer”.

Cuando algo fallaba, yo siempre le decía lo mismo: tenés que trabajar más en la computadora. Es más fácil, más rápido, más prolijo.

—No me interesa —me decía—. A mí, dejame con las acuarelas y los lápices de colores.

—Los lápices de colores son para los chicos del jardín —le contestaba, y ahí nomás engranaba: que “te equivocás”, que “hay grandes maestros que usan los lápices”, que “tienen espíritu”—. ¿Sabés qué es lo que más me gusta de hacer las cosas a mano?

Y yo le decía que no, aunque conocía de memoria su respuesta.

—Hacer las cosas a mano nunca da un resultado perfecto. Cuando empecé con esto, quería que todo quedara impecable. A veces, cada tanto, me salía: técnica perfecta, muy bien diez, felicitado. Si era para un libro, el autor le mandaba un mensaje a la editorial para decirle lo bien que estaban las ilustraciones. Yo me ponía contenta, claro... pero al rato estaba peleándome con otro trabajo, tratando otra vez de que saliera perfectísimo.

Ahí mi mamá tomaba aire, hacía un silencio, bajaba el tono de voz. No era una idea lo que me transmitía: era un cuento.

—Y un día, garabateando, me di cuenta: esos dibujitos imperfectos, borroneados, con líneas sobre líneas, tenían algo que los otros no tenían. Latían, ¿entendés? Yo sé que parece una locura, Laurita, pero para mí, respiraban. Así que me di permiso, porque a veces hay que darse permisos. Y dije: “El próximo libro va a ser así, garabatos nada más. Si pierdo el trabajo, lo pierdo, ya vendrán otros. Pero voy a hacer lo que quiero por una vez”.

Otro silencio, esta vez más largo.

—Tenía que ilustrar un texto hermoso, y lo trabajé sin buscar que quedara impecable. Lo hice imperfecto, lo mandé a la editorial... Acuse de recibo y nada más: ni un “qué buen laburo”, nada... Hasta que unos días después

me llamó la autora. Lloraba, Laurita, lloraba. “Nunca me imaginé que mi libro iba a tener vida”. Eso me dijo.

Y después, mamá terminaba como siempre:

—La vida no es perfecta. Eso aprendí con mis dibujos, pero lo tendría que haber aprendido antes, mucho antes.

Y ahora mi mamá, que durante quince años no me había dicho nada sobre mi papá, sabía que yo le había preguntado a mi abuela sobre el tema, pero me recibía así, trabajando.

Yo creía que me iba a estar esperando, que se iba a sentar conmigo a la mesa de la cocina y me iba a explicar, pero no: seguía dibujando. Apenas si me dijo “hola”.

Me fui al cuarto.

Me tiré en la cama.

Me puse los auriculares.

Busqué la lista de reproducción.

¿Algo para levantar o algo para acompañar esa lenta caída que sentía en la boca del estómago?

Algo para acompañar: “De mí”, de Charly García.

Cuando estés mal,

cuando estés sola.

Cuando ya estés cansada de llorar.

No te acerques a mí,

porque sé que te puedo lastimar.

Y aunque ahí estaba la explicación, no la vi en ese momento. La veo ahora, cuando recuerdo, cuando vuelvo a ese tema que amo, pero que duele.

En una de esas, lo amo porque duele.

10. No sé si es tanto la música. Es la letra lo que me llama la atención.

Cuando era chica, encontré un cedé de Charly García adentro de un atlas que mi mamá conservaba como recuerdo de mi abuelo. Cosa rara, porque ella escuchaba siempre rock internacional, ese que suena casi a pop: Pink Floyd, Toto, The Doors. Pero además era muy cuidadosa con sus discos y este estaba suelto, como si fuese un señalador puesto dentro del libro.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

Mi mamá lo miró de un lado, lo miró del otro.

—No sé de dónde salió. ¿Será de la tía Julia?

Me preguntó si quería escucharlo. Le dije que sí.

Era *Filosofía barata y zapatos de goma*, el sexto disco solista de Charly García.

“De mí”. “Filosofía barata y zapatos de goma”. “Reloj de plastilina”. “Gato de metal”. “No te mueras en mi casa”. “Curitas”. “Solo un poquito más”. “Me siento mucho mejor”. “Siempre puedes olvidar”. “La canción del indeciso”. Y claro, al final, el “Himno”.

Por primera vez entendía las letras, porque estaban en mi idioma, porque hablaban con las palabras de todos los días. Antes de irme a dormir, ya me sabía la mayoría de las canciones y las cantaba a los gritos. Mamá, en lugar de decirme que me callara para no molestar a los vecinos, se reía a carcajadas.

—Qué desgracia —me dijo con una sonrisa—. Tener una hija que escucha rock nacional. Adónde vamos a ir a parar.

Cuando vino mi tía Julia a visitarnos, le pregunté si el disco era de ella.

—No, Laurita, no es mío. Pero tengo otros de Charly, de Fito, de Spinetta... ¿quéres que te los preste? Me los tenés que cuidar.

Le dije que sí, pero lo importante no era eso. Había confirmado algo que me venía dando vueltas en la cabeza; si ese disco no era de mi mamá y tampoco de mi tía, solo podía ser de una persona: de mi papá.

Sí, ya sé: era una locura. No había nada que me permitiera asegurar eso, pero yo necesitaba creer que ese disco había llegado hasta mí por medio de mi papá.

Son las razones del corazón, esas que la razón no entiende.

11. Así que ese día, cuando me enteré de que estaba muerto, no escuchaba a Charly: lo escuchaba a él, a mi papá, cantándome una canción al oído, la canción de cuna que no me había cantado cuando era chica, la canción que ya no me iba a cantar.

Mi mamá abrió la puerta de mi habitación. Si había golpeado o no nunca lo supe, porque la música tapaba todo: el ruido y el dolor que ya crecía, lento como una enredadera de esas que se van trepando de a poco a la pared hasta dejarla hundida entre las hojas.

—¿Venís a comer?

—No tengo hambre.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, en silencio, mirando nuestras siluetas. No éramos personas: éramos sombras.

Cuando se fue, mamá cerró la puerta.

Fue como si el ruido del picaporte lo hiciera estallar: sentí que me moría, y ya no pude dejar de llorar.

No voy a darle muchas vueltas a lo que sigue.

Fue esa noche que me corté. Fui al baño y lo hice.

No intenté matarme. Fueron tres cortes, uno al lado del otro, como desgarrones. Los dejé sangrar un rato y después, solos se fueron cerrando.

No dolían. Para nada.

Yo quería que dolieran, pero no.

12. Mi mamá no se dio cuenta de nada. Pero al otro día, en la clase de Geografía, cuando pasé al frente para señalar no recuerdo qué en el pizarrón, el profesor vio los cortes.

Llamó a la preceptora.

Me llevaron a Dirección.

Me hablaron como a una pobrecita.

Lloré, pero no por lo que me decían: lloré de bronca, de impotencia.

Mi mamá me vino a buscar. Hablaron con ella mucho tiempo.

La preceptora me dio un discurso. Que la vida es linda, que hay que ver lo bueno, que hay chicos que están en un orfanato, esas cosas.

—Se murió mi papá —le dije para que se callara. No era una mala persona. Por eso me dio lástima su cara de desconcierto y le aclaré—: Hace cuatro años, pero me enteré recién ahora.

Ya no dijo nada. Me hubiera gustado que siguiera hablando.

El silencio era peor.

Caminamos las cuadras que nos separaban de mi casa sin hablar.

Era incómodo, pero estaba bien. No sabía cómo iba a reaccionar cuando me preguntara.

Ya en casa, mamá puso la pava, me dijo si quería un té, se sentó frente a mí en la mesa de la cocina, la mesa en la que hacía los deberes mientras ella preparaba la comida. La mesa para hablar de nuestras cosas.

—No te voy a preguntar por qué lo hiciste —me dijo—. Yo sé bien por qué lo hiciste, y te pido perdón.

Se sorbió los mocos. En un intento por no llorar, fue hasta la mesada y preparó dos tés. Yo me quedé callada, mirándola, esperando.

Era mi mamá, pero era otra. Cuando me miró, sentí que éramos dos mujeres dispuestas a conversar sobre cosas que duelen, pero de las que hay que hablar.

—Te pido perdón. Pero no por lo que pasó con tu padre, por eso no voy a pedir perdón nunca. Te pido perdón porque ayer no hablé. ¿Sabés por qué?

—Tenías miedo.

—Tuve miedo estos quince años. Y ahora que estamos así, frente a frente, me doy cuenta de que tendría que habértelo dicho. Pero no pude, porque sabía que te iba a hacer mal. El miedo es terrible. Te pido perdón por tener miedo.

—Yo también tengo miedo.

—Pero no tenés por qué tenerlo.

—Y vos tampoco.

Entonces, mi mamá me agarró la mano y me contó.

Con papá se habían conocido en la fiesta de cumpleaños de un amigo en común, cuando ella tenía diecisiete y él, veintiuno.

—Era un tipo muy buen mozo, como dicen las viejas —me dijo—. Grandote como vos. No tengo fotos porque...

—Ya sé que no tenés fotos.

Había dedicado tardes enteras a revisar la casa buscando algún indicio de mi padre. Sabía que, salvo el cedé que yo pensaba le pertenecía, no había nada suyo en el departamento. Solamente yo y los recuerdos de mamá.

—Tu padre se llamaba Pedro. Jugaba al rugby y era parte de una de esas familias que, porque tienen cierto pasar económico, piensan que pueden atropellar a los demás.

—Era un cheto.

—Algo así. Pero se puede ser cheto y buen tipo.

—¿Y él era buen tipo?

Mi mamá no escapó a la pregunta, pero se tomó su tiempo para pensar en la respuesta.

—No sé. Le faltó valor, me parece. Le faltó jugársela. Sus padres pesaban mucho en sus determinaciones. A veces, la familia ahoga. Y él se murió el día que nació en esa casa horrible.

—Fue un cobarde.

—Sí. Eso fue. Un terrible cobarde. Recién, nosotras decíamos que teníamos miedo, ¿no?

—Pero tener miedo no es ser cobarde.

—Es verdad. Porque vos tenías miedo, pero no fuiste cobarde. Arremetiste con todo. En cambio, yo, anoche, fui cobarde. Fui una mala madre, me parece.

—Entonces, ser cobarde sí es ser una mala persona.

No me contestó. Tomó un poco más de té, lo escupió porque estaba frío, se rio.

—No éramos novios ni nada, solo amigos. Muy amigos. Estar con alguien que es unos años más grande que vos siendo adolescente, no sé, te hace sentir que por fin entraste al mundo de los adultos. Será por eso que un día pasó lo que pasó. No voy a darte detalles, me da mucha vergüenza. Cuando me enteré, no sabía qué hacer. La abuela, que se las sabe todas, casi me obligó a confesarlo. El abuelo se puso como loco, ni te imaginás. Quería ir a hablar con los padres de Pedro. Pedro Gabriel Martínez Mérida, así se llamaba. Pero la abuela le dijo que no, que yo hablara primero con él.

—¿Y hablaste?

—Sí. Se lo dije en el living de la casa de los abuelos, con ellos escuchando escondidos en la cocina. Pedro me dijo: “¿Y qué vas a hacer?”. Y el abuelo estalló: abrió la puerta de par en par, lo agarró del cogote y le gritó: “¿Qué vas a hacer vos, pendejo?”. Fue un espanto.

—¿Y después?

—La abuela lo tranquilizó, nos tranquilizó a todos. Le explicó a Pedro que lo que estaba pasando era

responsabilidad de los dos. Le dijo que lo hablara con sus padres, que íbamos a resolverlo de manera civilizada, que disculpara al abuelo.

Pero las cosas, me contó mi mamá, no salieron como habían previsto. Pedro volvió a medianoche con sus padres, que estaban enfurecidos. Decían que mi abuelo había intentado matar a su hijo, que estaban tratando de engañarlo, que querían su dinero. Nunca se calmaron del todo, pero al final lo dijeron: “Que se lo saque”.

—Nunca vi a mi madre así de enfurecida. Jamás. Esta vez, fue el abuelo el que tuvo que pararla. Dijo muchísimas barbaridades, cosas irrepetibles que nunca más le volví a escuchar. Recuerdo que gritaba: “Nadie va a matar a mi nieta”. En la furia, se deschavó: estaba segura de que eras una nena.

Los Martínez Mérida dijeron que lo pagarían todo y dejaron caer un fajo de billetes sobre la mesa ratona, pero mi abuela se los tiró por la cabeza, a los gritos otra vez.

Al final, llegaron a un acuerdo de dientes apretados: mi mamá iba a tenerme, pero nunca más volvería a ver a Pedro. Los Martínez Mérida pagarían todos los gastos médicos, pero luego de que el bebé hubiera nacido se olvidarían de nosotras. Mi padre jamás me conocería.

—La abuela siempre detestó a la gente que se cree con derecho a decidir por los demás. Los Martínez Mérida eran personas horrendas, es verdad, pero tenían miedo.

Hay gente que se queda paralizada, pero ellos no eran así: pensaban que pisoteándonos iban a ser menos cobardes. No sabés cuántas veces repasé esa espantosa escena intentando encontrar otra forma de solucionar las cosas.

—¿Y había?

—No sé, Laurita. No sé. Lo que sí sé es que las cosas fueron como fueron y que si tuve que vivir eso para tenerte a vos, está bien. No me hagas decirte que sos lo mejor que me pasó, sería muy cursi. No quiero llorar más, ¿puede ser?

—¿Y al final qué pasó?

—La abuela les prometió cualquier cosa con tal de que nos dejaran tranquilos. Y vos viste cómo es: si da su palabra, la cumple. Los otros sabían que la vieja es de ley, por eso aceptaron. Pagaron todo: ajuar, controles médicos, hasta juguetes... pero sobre todo, el silencio. Nosotros aceptamos. Por miedo, claro, pero también por orgullo. Nadie iba a decirnos cómo vivir, ¿no te parece?

—¿Y mi papá?

—Nunca volví a hablar con Pedro. De nuestra amistad, solo quedaste vos.

—¿Qué pensabas? En ese momento, ¿me querías tener?

—Yo te quiero, Laura. Te quiero como a nadie en el mundo.

Mi mamá me abrazó y lloró lágrimas viejas, lágrimas que tenía guardadas desde hacía quién sabe cuánto.

13. —La verdad es que no puedo creer que nunca más lo hayas visto.

—No dije que no lo vi. Dije que nunca más hablé con él. Lo vi muchas veces.

—No entiendo...

—Cosas del destino. Pedro vivía acá, en San Miguel, Laura. Alguna vez me lo crucé, con vos de la mano.

Yo había visto a mi padre sin saberlo, sin siquiera registrarlo.

—¿De verdad? ¿Y nunca se acercó?

—Supongo que quería, pero yo no lo iba a dejar. Cuando me miraba, le clavaba la vista y él bajaba los ojos con vergüenza. Yo sabía que había armado pareja con una chica que era amiga de la familia al poco tiempo de romper conmigo. Lo odié mucho tiempo, Laura, pero después de su muerte me di cuenta de que había sido injusta. Sobre todo, con vos.

—Al final, siguió siendo un cobarde.

—Como yo, Laura —mamá empezó a hablar como si alguien estuviese devorándose el diccionario de su cabeza, como si de un momento a otro se le fueran a acabar las palabras—: Mirá, te lo iba a decir, te iba a decir quién era tu padre... Nada más quería que tuvieras la edad para que pudieras asumirlo, procesarlo, no sé... Yo te veía, te veo, tan chiquita... Sí, sí, ya sé: me equivoco, ya no sos una nena, pero después pasó eso... Murió de

pronto, en un accidente. ¿Y qué iba a decirte? ¿Te iba a contar quién era tu papá para que lo vieras en un cajón? No pude. Porque si antes era complicado contarte, en ese momento era peor, ¿entendés? ¿Podés entender a mamá?

—Hasta en eso fue cobarde —dije—. Se fue antes de que pudiera conocerlo.

Como si no me hubiese escuchado, mi mamá siguió:

—Perdoname. No me odies, por favor. O si no, odia-me, pero que se te pase, ¿dale?

Miré la taza. El té estaba ahí: casi no lo había tocado.

—Necesito pensar —dije. Mi mamá asintió con la cabeza y levantó la taza.

—Haceme todas las preguntas que quieras, Laurita. Las que quieras —me dijo antes de cerrar la puerta de su estudio.

Esa noche no pude dormir. Por eso, cuando ella abrió un poco la puerta y asomó la cabeza, la vi, pero me quedé quieta, en silencio.

—Laura, ¿dormís?

No le contesté.

—¿Dormís? Perdoname... —dijo antes de cerrar la puerta. Quise decirle que la perdonaba, pero no pude.

Nunca me gustó mentirle a mamá.

14. No necesité preguntarle nada más: de a poco, mamá me fue contando.

Necesitaba sacarse todo de encima. Creo que también pensaba que de esa manera iba a congraciarse conmigo. Que iba a perdonarla.

Pero la verdad es que yo, a los pocos días, ya la había perdonado.

Ella había estado.

No había hablado, pero había estado.

Y estar es lo más importante.

Me costó pensar en esto.

Sobre todo, porque no tenía a nadie con quién hablar del tema.

Mi mamá volvió a ir al colegio, conversó de nuevo con la directora, trató de calmar las cosas. Le dijo que yo no tenía amigos, que sufría porque se burlaban de mí.

Al otro día, la preceptora me presentó a una chica. Tenía anteojos de marco negro y dos colitas. Parecía una nena. Hablaba rápido, con un tono chillón que la hacía casi insoportable. La había visto alguna vez en el patio, pero nunca me había dado cuenta de que ella también estaba sola.

Se llamaba Virginia. Conversamos un poco. Le gustaba la música pop esa que cantan chicos y chicas perfectos. Cuando le dije que escuchaba rock nacional, me

miró con asco. La misma expresión, supongo, que puse yo cuando me dijo que escuchaba a esos maniquís enlatados que la hacían sentir parte de un mundo que no era el suyo, porque ni siquiera hablaban con sus palabras.

Todas las noches mi mamá me preguntaba cómo estaba.

Le decía que bien. Aunque no me gustaba, mentía un poco. Seguía sin entender.

¿Por qué mi papá no había querido verme? ¿No podía haber pasado por encima de todos? Yo estaba acá, en este mundo horrible, porque él había cometido un error.

¿Un error?

Lo único que me faltaba: ahora, hasta yo misma empezaba a considerar mi nacimiento como un error.

Un error de los peores.

Índice

Primera parte. Conozco a mi padre	7
Segunda parte. Conozco a mi hermano	53
Tercera parte. Me conozco	89

Koi

Ezequiel Dellutri

**“Porque son muchas, y no solo una,
las maneras que hay de estar cerca”.**

Aunque ya tiene 15 años, Laura nunca conoció a su papá ni se animó a preguntar por él. Un día, sin pensarlo demasiado, comienza a exigir respuestas. Lo que le cuentan resulta desolador, pero gracias a ese impulso conocerá a Julián, su hermano.

Julián tiene problemas de comunicación con las personas. Sin embargo con los peces, su obsesión e interés principal, se entiende a la perfección. Laura se siente sola y, en su caso, la música funciona como refugio.

Peces, música y una apuesta al futuro les permitirán encontrar una fuerza que se despliega cuando están juntos, juntos a la par.

Norma

www.normainfantilyjuvenil.com/ar

61087846
ISBN 978-987-545-774-4

